

Manuel Fraijó hace un análisis breve y sugerente de la génesis del ateísmo moderno, desde la crisis luterana hasta hoy, en que se observa una progresiva ausencia de sentido. Quizá resulta innecesariamente duro con algunos aspectos del pasado cristiano. Hay que ser benignos con la historia: enseguida entraremos a formar parte de ella, aunque sólo sea colectivamente.

José Ramón García-Muga trata sobre el tema *Dios en el Antiguo Testamento*. El trabajo se centra en los pasajes que están más de moda, que el autor aborda con buen hacer, aunque con una cierta preocupación minimalista. Cada comentario va seguido de una pequeña moraleja monotemática: «liberar significa acabar con las situaciones cerradas sobre un presente intolerable» (p. 13), «la acción solidaria de Dios nos invita a actuar solidariamente hacia el oprimido» (p. 19), etc. La conferencia termina —inesperadamente— con unas consideraciones sobre la autoridad, que me parecen discutibles.

El *Dios de Jesús* de Rafael Aguirre Monasterio es un trabajo del momento. Así lo manifiestan bien a las claras las diez o quince veces que cita a Gustavo Gutiérrez y a Jon Sobrino. La impresión que produce es que el título debería haber sido otro, porque esa base documental resulta demasiado estrecha. Parece como si no se hubiese alcanzado un auténtico conocimiento de Dios hasta hace unos pocos años. Por su parte, Aguirre apenas osa afirmar que Jesús pertenezca a la Trinidad (p. 51), al menos antes de la Resurrección. En esto no parece coincidir con los escritos apostólicos, donde se sostiene *in recto*, que «en el principio el Verbo era Dios» (Juan 1, 1).

La colección, tal como consta en el programa editorial, incluye también dos trabajos de Gómez Caffarena (*Razón y Dios y Lenguaje sobre Dios*), uno de Juan Martín Velasco (*Dios y las religiones*) y otro de Andrés Quiroga, (*La Revelación de Dios en la historia*), de los cuales daré noticia más adelante.

Juan Luis LORDA

Christian DUQUOC, *Messianisme de Jésus et discretion de Dieu*, Genève, Ed. Labor et Fides, 1984, 257 pp., 15 x 21.

El A. entiende esta obra como un ensayo sobre el límite de la cristología; en cierto sentido, como un esfuerzo por poner límites al «imperialismo cristológico» (p. 17). Se trata, en definitiva, de una relativización de la cristología hecha como consecuencia de «reconocer la existencia de una doble separación (écart) como criterio de la construcción teológica: la separación entre Jesús histórico y Cristo, la separación entre Cristo y Dios» (p. 9). Escrito en forma de ensayo, sin pretensión de análisis científico, el libro se centra, sobre todo, en la originalidad del mesianismo de Jesús y sus consecuencias en cuanto a la cuestión de Dios.

El lector encuentra aquí, pues, diversamente combinadas, las afirmaciones que ya son conocidas del Duquoc de los últimos años en torno a la naturaleza de Dios, la teología de la cruz, la noción de sacrificio y la teología de la liberación. Si algo nuevo aparece, es la mayor fuerza con que rechaza en bloque como ingenuas o arrogantes las cristologías de corte clásico, y la nitidez con que separa a Jesús de Dios. Desde estos presupuestos, es de temer que quede truncado el intento principal del libro: presentar la originalidad del mesianismo de Jesús, es decir, aquello en lo que confunde las expectativas mesiánicas de los judíos de su tiempo hasta el punto de recibir la condenación a muerte por blasfemo.

A pesar de que la originalidad del mesianismo de Jesús es punto central del libro, Duquoc no la analiza en sí misma, sino siempre al hilo de su comparación con la teología de la liberación, y en visible intención de presentar ambos en íntima sintonía. Así cuando escribe: «El mesianismo bíblico se opone a la injusticia reinante, pero no propone un modelo racional de reconciliación. Pues quien dice *modelo racional* dice dominación y dependencia. Es el pueblo oprimido el que debe imaginar las formas de su libertad. No es a quienes fueron los opresores, en razón de su mismo poderío técnico, a quienes corresponde proporcionar el modelo universal de la liberación» (p. 147). Con esto se justifica la llamada a la revuelta universal y, al mismo tiempo, la nebulosa en que se envuelve —como perteneciente a lo utópico— el punto al que esa revuelta se dirige.

El mesianismo de Jesús contiene, según Duquoc, estos dos rasgos esenciales: una estructura no violenta; la necesidad de la lucha presente contra los opresores. Desde la no violencia del mesianismo de Jesús, el A. rechaza la concepción de la muerte de Cristo como sacrificio y la eternidad del infierno. Nada de muerte expiatoria, ni de rescate. En este punto, Duquoc se adhiere totalmente a la visión de R. Girard en torno a las relaciones violencia-sacrificio. El sacrificio no sería otra cosa que violencia divina, es decir, introducir lo divino en el orden de la violencia, o lo que es lo mismo, sacralizar la violencia (p. 228). Así, en consecuencia, entender la muerte de Cristo como sacrificio es una traición al mismo Jesús: «La violencia llama a la violencia. Su sacralización religiosa, su purificación ritual no rompen su ciclo: lo afianzan. Jesús muere contra todos los sacrificios puesto que no entra en el juego apaciguador de la víctima expiatoria: no es así como él purifica. Es llamando crimen al asesinato del inocente, aunque sea por motivos religiosos, como inicia un proceso de desmitización de la violencia. Hacer de Jesús la víctima necesaria del aplacamiento del Padre destruye el camino abierto por su predicación y su acción» (p. 229).

No puede menos de extrañar que Duquoc acepte, sin matizaciones, las tesis de Girard sobre las relaciones del sacrificio y la violencia. Mucho más sorprende que el A. presente tan caricaturizada la doctrina cristiana en torno al valor sacrificial de la muerte de Cristo. Si Dios es el Dios de la no-violencia —prosigue Duquoc, aplicando ahora el

concepto a la escatología— no puede ser el Dios que castiga. Por esta razón, presenta como «una hipótesis, ciertamente fundada, la inexistencia de sanciones» (p. 243). «La estructura no violenta del mesianismo de Jesús no es fruto de una estrategia provisoria: pertenece a su esencia. Ella es contradicha por el género apocalíptico, que recluta para su provecho la ideología veterotestamentaria de la venganza compensatoria. Ella sustituye la figura del Salvador por la del Juez. Mi hipótesis consiste en no invertir el sentido del mesianismo de Jesús sin decidir entretanto si él implica la abolición de la figura de Dios Juez» (p. 245).

El problema está en si en esto radica la originalidad del mesianismo de Jesús, y no más bien en que el Mesías es Dios y Señor de la historia y en que el establecimiento de su reinado comporta el juicio. Las fuentes cristianas, las mismas palabras del Señor, apuntan hacia un mesianismo mucho más rico que el presentado por Duquoc.

Lucas F. MATEO-SECO

Joseph EYQUEM, *Transparente et mystérieuse Eucharistie*. Prefacio de C. Dagens, Paris, Lethielleux, 1983, 139 pp., 13, 5 x 21.

Este libro —presentado como fruto del Congreso eucarístico de Lourdes de 1981— no va dirigido principalmente a teólogos, sino a todas aquellas personas que —a pesar de la clara enseñanza de la Iglesia— tienen dificultades para «comprender» el misterio eucarístico. Así pues, el objetivo es profundizar en el significado de la Eucaristía: hacer que el hombre de nuestro tiempo tome nueva conciencia de que «Ella es Jesús revelándose en lo esencial de su Misterio» (p. 17). Para ello el autor orienta todo su trabajo sobre dos ideas centrales, cuyo desdibujamiento u olvido es la causa de las dificultades para acercarse a este sacramento. Estas ideas —dichas con las palabras del autor— son: «la Eucaristía no se puede comprender si Jesús no es Dios». «Es urgente, para entender con profundidad la Eucaristía, volver a resaltar la significación del sacrificio de la Cruz cuyo sacramento es la Eucaristía» (p. 139).

En primer lugar, Eyquem pretende mostrar que la Eucaristía sólo puede comprenderse bajo la realidad de la Encarnación del Verbo: cuando se mira así a Jesús, este sacramento se hace transparente. Este es el objeto de la primera parte de esa obra, dividida en tres capítulos. El autor comienza considerando la divinidad de Jesús: el misterio pas-cual será como la «epifanía» de ese gran misterio que es la Encarnación, porque es el momento en que ésta alcanza su máximo desarrollo (p. 26-28). Dios nace de una mujer, porque no sólo quiere ser hombre, sino de la raza humana: ningún hombre es más hijo de su madre que Jesús lo es de María; este hecho implica una excepcional inserción de Dios en la humanidad. Jesús es, además, primogénito entre muchos